

en los errores de que tanto abominan.

Sosténgase como idea la materia en general; pero no se haga de ella un ídolo metafísico.

La tesis de la materia en general se verá confirmada experimentalmente por la reproducción constante de fenómenos particulares exteriores, pero nada más.

Consolar, con-solar (suelo).—Dar suelo y firmeza á alguna cosa. Curar el dolor moral.

Lo mismo que del cuerpo, puede ser el hombre médico del espíritu.

El consuelo puede ser un remedio paliativo ó curativo. Mirándolo bien, nadie se puede consolar radicalmente de haber nacido para morir; pero caben paliativos, más ó menos prosaicos ó sublimes *en general*, y caben también curaciones relativamente, radicales, *en particular y para momentos determinados*. El que se halla dominado por sentimientos placenteros pasa consolado el tiempo que duran. Quien piensa en Dios y en el Bien moral, se consuela de las adversidades de esta vida transitoria.

Consolidar.—Hacer sólido lo que antes no lo era, ó aumentar la solidez.

En general se apetece lo sólido y se aspira á consolidar. Aun el amante platónico de las funciones del espíritu, procura consolidarlas á su modo. Esta consolidación del espíritu es la obra de la Filosofía.

No todo, sin embargo, ha de ser consolidar, también hay que fluidificar para que la reflexión, relativamente sólida, navegue con fortuna sobre el oleaje del sentimiento.

Consonancia, con-sonido.—Concordancia en los sonidos.

El estudio de la consonancia en mú-

sica, tan afortunadamente anticipado por Pitágoras, ilustra mucho acerca de las relaciones numéricas en todos los ámbitos de las funciones, así físicas y químicas, como vivientes de todos los modos posibles.

No es que haya aquí algún misterio, humano ni divino, es que todo está relacionado en el orden universal, y que si las relaciones particulares son *innumerables*, las generales admiten la reducción á cierto *número* muy restringido.

Esta serie restringida de números fundamentales, es la misma para la Aritmética, que para sus aplicaciones á las demás esferas de la vida: uno (tesis), dos (antítesis), tres (síntesis positiva) *SI*, cuatro (síntesis negativa) *NO*.

Si y no son los *polos contradictorios* (definido é indefinido) de la Aritmética y de todas sus aplicaciones. Entre *si y no* están todas las tesis unitarias, y las antítesis pluralitarias, así cuantitativas como cualitativas, así teóricas como prácticas.

Dada la consonancia numérica cuaternaria, puede continuarse indefinidamente cada serie en agrupaciones fundamentales y consonantes de cinco, de siete, etc., al través de otras disonantes por la falta de armonía entre sus factores respectivos.

Consonante, con-sonante.—Lo que suena con otro. Al sonar con otro, puede haber conformidad ó disconformidad de sonidos.

Las letras consonantes reúnen ambos aspectos; suenan cada cual á su modo y necesitan una vocal para ser pronunciadas.

La consonancia puede hallarse en la identidad absoluta de sonido (unísono); y en la identidad relativa, que limita lo absoluto hasta el punto ne-

cesario para constituir la armonía.

La simpatía es consonante de la pasión de un sujeto con la de otro.

La consonancia de un pensamiento sano con hechos sanos, es la música más aceptable para el oído humano y para el de Dios.

Consonantes (palabras).—Así como hay letras consonantes, hay palabras consonantes.

Estas son muy de tomar en cuenta, pues aunque pueden tener sonido análogo y significar conceptos muy diferentes, suelen significar conceptos análogos.

De ellas debe hacerse mérito en un diccionario filosófico.

Las palabras consonantes que se refieren á conceptos análogos, realizan una variedad de lo que se ha llamado onomatopeya.

No son palabras análogas á ruidos pero son palabras de ruido análogo entre sí, analogía que puede entrañar un significado común.

Consortio, con-sorcio (suerte).—La unión de funciones distintas.

El consortio es una función de funciones, y en este sentido puede decirse que el hombre es un consortio de funciones somáticas é intelectuales, y la vida un consortio de funciones de fenómenos, y funciones de ley.

El consortio más indispensable para la Filosofía, ó sea para la vida del pensamiento, es el de la teoría con la práctica, de la lógica con la historia, del sujeto indefinido con los objetos definidos. Este consortio *engendra*, en general, al Bien, y en particular todos los bienes posibles.

Es lo que debe ser en general: *la ley*. Aunque el divorcio pueda ser en particular, siempre le resta al consortio la *necesidad de ser* en general.

Conspiración, con-espiración

(aspiración común).—Consortio de actividades para un fin determinado.

Todas las funciones parciales de la vida conspiran para la realización de la vida en general. Todas las leyes autonómicas y la libertad, conspiran para la realización de la vida en general del pensamiento.

Se conspira para el mal lo mismo que para el bien; pero la conspiración para el bien es la única aceptable en general por la lógica viviente.

Constancia, con-estancia.—La permanencia del ánimo en una situación dada, ya moderada, ya prepulsora de una función. Constancia en el movimiento es inmovilidad en la misma determinación de movimiento.

En la vida hay constancia simultánea de inmovilidad y de movimiento, relacionados entre sí y mutuamente limitados.

Constante, de constancia.—El constante puede serlo en el espacio y en el tiempo.

En el tiempo son constantes los que se suceden sin intervalo.

En el espacio son constantes (constantes) los *otros* que están al mismo tiempo que *uno* está.

Se usa la palabra en el primer sentido.

Correlativo con el constante es el *instante* (instante).

El instante de tiempo es instante en el espacio.

El instante es el que, haciéndose espontáneamente por sí mismo, aunque relacionado con el espacio, se hace *tiempo pasado y futuro* (antes y después).

El espacio interviene entonces como presente, en condición pasiva y objetiva.

El tiempo se manifiesta así como causa de la función (de la práctica

que aparece: una en lo presente, doble en lo pasado y lo porvenir.

Constelación, del latín *cum*, con, y *stella*, estrella.—El grupo de estrellas que representa una figura determinada. Las estrellas fijas son como las leyes de la inteligencia en relativa inmovilidad. Así como estas leyes constituyen el reflejo permanente del pensamiento humano en la sombra de la ignorancia; así reflejan su luz las constelaciones sobre la bóveda del cielo que las circunda.

La decantada inmovilidad de las estrellas es simplemente relativa al movimiento de otro. Detrás de ellas está, como la ignorancia detrás del saber y del sentimiento, la posibilidad indefinida. Si no se mueven ellas se mueve el sujeto, correlativo indispensable para la apariencia estelar.

Constitución, con-estitu (estado)-ción (función).—Función fundamental que realiza un código de leyes ó un conjunto dado de fenómenos.

Se constituye lo que se hace en definitiva, limitando, más ó menos resueltamente, una serie indefinida de fenómenos, de leyes ó de funciones.

Constitución política.—La constitución política ó social es obra ideal que puede llevarse á la práctica en tres sentidos: positivista, idealista y viviente.

En sentido ideal la formuló en Grecia Platón; en sentido positivo, Aristóteles; y en sentido viviente, aunque desprendiéndose de toda teoría, y sin darse á sí propios cuenta de lo que hacían, la han impuesto prácticamente á las sociedades humanas, sus jefes respectivos.

Com oera consecuencia precisa, Platón encaminaba á una constitución política más divina que humana, y Aristóteles á otra más real y prosáica

que inspirada en altos pensamientos.

Platón llevaba á un optimismo exagerado, y correlativamente Aristóteles exagerado podía llevar al pesimismo.

Entre ambos acertaban los prácticos. Sólo les faltaba á los mejores prácticos ser tan buenos teóricos como buenos prácticos.

Construcción del concepto de la vida.—La vida es indefinible, porque no es una generalidad clasificable dentro de otra generalidad determinada.

Solamente se la puede construir, empírica ó reflexivamente, en el pensamiento.

La construcción empírica es accesible para todo el mundo. El hombre se encuentra vivo porque lo siente sintiéndose á sí mismo, y en relación con el mundo que le rodea.

Reflexivamente se *concibe* el hombre á sí propio, reflexionando cuanto es y cuanto hace en su pensamiento, como se refleja la luz en un espejo ó en la cámara oscura.

Pero esto no basta. No se halla sólo el hombre en el espacio, se halla en el tiempo y en éste *pasa* mientras el otro le *sostiene*. Pasando se halla siempre sujeto á hacerse mayor ó menor, el mismo ó diferente de lo que es en un momento cualquiera. Pasando se construye; mientras permaneciendo *es lo que es*.

Hay que relacionar constantemente la construcción con la reflexión para llegar al *concepto de la vida*.

Construir y destruir.—Toda estructura reclama por activa construcción y se halla expuesta (por pasiva), á destrucción. Ambas funciones son propias del tiempo en su correlación con el espacio.

La estructura del cuerpo humano

reconoce como *causas* ambas formas del tiempo, la constructora *antes*, y la destructora *después*; sin perjuicio de que lo destruido pueda y aun deba (si ha de servir) reconstruirse en serie indefinida y con formas más ó menos variadas.

Manifiéstanse aquí, como en todo, las sutiles relaciones entre el tiempo y el espacio, tan sencillas en *teoría viviente*, como expuestas á errores en teorías no vivientes, y aprisionadas en un extremo ó en un centro inmóvil de la función común de vivir.

Construir, con-struir, del latín *struere*, amontonar.—Vale tanto como *constituir*, pero en sentido más positivo, particular y fenomenal. Se construye prácticamente lo teóricamente constituido.

Se construye ó formula una ecuación; se construye una forma geométrica. La construcción del pensamiento humano es obra laboriosa, que en general exige muchos siglos y en particular una experimentación interna, afanosa y diaria.

Para construir el pensamiento hay que utilizar la historia, los materiales acumulados y la parte construida en la serie de los tiempos. Sobre estas bases puede hacerse siempre un esfuerzo ulterior. La cúpula del edificio común, no se hace nunca; no es cielo definido, es el cielo de todo cielo definido; la inmensidad, la función misma de construir un cielo, que jamás se satisface.

Consultar, del latín *consultum*.—Aconsejar por pasiva, pedir consejo, reforzar la función intelectual, la nutrición del pensamiento, con datos que sirvan para formar un juicio particular, ó determinar una acción inmediata.

Contacto, con-tacto.—El contac-

to se establece en la yuxtaposición de dos cuerpos.

Entre los argumentos opuestos por los escépticos á la posible investigación de causas de los acontecimientos, figura la consideración de que no se concibe causa ni efecto entre dos cuerpos considerados en contacto mutuo.

Si el contacto se establece, como parece lógico, entre dos cuerpos yuxtapuestos en el espacio, no hay, en efecto, razón alguna para considerar como causa al superior más bien que al inferior, ni al que está á un lado más bien que al situado en otro.

Ahora bien; modifíquese esta consideración *inmóvil* por la consideración del cambio, que se hace imprescindible para *pasar* de una teoría cualquiera á una práctica cualquiera; y este simple paso aportará la causalidad, atribuible *sí*, á los dos cuerpos que estban teóricamente en simple contacto, á los dos indiferentemente en cuanto ambos son cuerpos, ó cuerpo en general; pero atribuible *no* á los *mismos* dos cuerpos, puesto que para *cambiar* no bastan ellos, y algo extraño les hace cambiar.

Este extraño que hace *cambiar* los cuerpos inmóviles en contacto, y convierte el contacto en cambio, accesible al sentimiento humano, recibe el nombre de tiempo en la función consciente de su realización en el Universo.

Contagio, del latín *cum*, con, y *tangere*, tocar.—Sugestión hecha á un organismo viviente para que realice una función sana ó enferma.

Las funciones exteriores (inorgánicas), se transmiten por contacto pasivo; las vivientes, por contagio (contacto activo, ó sea concebido como

el de un sexo con otro) en la función de vivir.

Las palabras *contagio* y *contacto* difieren ya por su terminación. La de *contagio* suena á *agere*, obrar, así como la de *contacto* suena á *tocar* (estar junto).

Las funciones morales se contagian también como las somáticas. La imitación es un contagio moral.

Hay enfermedades morales contagiosas, que también pueden: ó reinar epidémicamente, ó aparecer como provocadas por transmisión aislada de un individuo á otro.

Pero no hay, en caso alguno, contagio moral forzoso, como tampoco le hay orgánico, porque á ello se opone el carácter espontáneo de la vida. Lejos de eso, sucede á veces que un ejemplo bueno sugiere un acto malo, y viceversa.

En el contacto de fuerzas inorgánicas hay, por el contrario, forzosa transmisión, ó al menos se concibe que la debe haber.

Contar, derivado del latín *computare*.—Ejercitar la categoría de número.

La unidad, base del número, es la característica fundamental del pensamiento. El yo individual, como reflejo supremo de la ignorancia ó del no ser del mismo *yo* que siente su ser, es la unidad soberana, porque la ignorancia es siempre una en general respecto de las cosas que se saben, y que han de ser muchas en particular.

Si las cosas no fueran muchas, no serían lo contrario de la unidad á que se oponen.

Como la unidad se *siente* en particular, coexiste con otras unidades particulares, y entre estas unidades particulares se define indefinidamente en forma de espacio. De aquí lo

que se cuenta, limitando lo que no se cuenta, ó sea la cantidad.

También se llama *contar* (narrar) simbolizar con palabras otras leyes distintas de la del número y la extensión; pero semejante latitud, es un uso figurado de la voz destinada á la función que estudia la Aritmética.

Contar números es función fundamental, sencillísima en Aritmética; basta comenzar relacionando uno y dos en un tercer número, y luego agregar uno y uno indefinidamente.

Contar hechos acaecidos en todo linaje de funciones, es también unificarlos en el pensamiento ajeno, como lo están ya en el propio.

A primera vista parecen enormemente disconformes una cuenta y un cuento. Y, sin embargo, yése aquí cómo todo se relaciona en algún sentido, acercándose más ó menos á la identificación, á través de la distinción de las cosas, ora reales, ora ideales, así de una misma categoría como de categorías diferentes.

Contemplar, con-templo; relación con templo, tomando por templo lo divino, lo sobrenatural, lo espiritual. Fijar la atención sobre un objeto, sin ejercitar de otra manera la función del pensamiento. Sentir correlativamente externo, ejercitando — digámoslo así — los ojos del entendimiento, y no precisamente los de la cara.

A esta parte de la función común puede limitarse, como á cualquier otra, un acto presente del pensamiento.

Distínguese la contemplación de la meditación, en que ésta versa especialmente sobre aplicación de alguna ley, y aquélla sobre *objetos* reales ó ideales.

Contener, con-tener, encerrar

algo dentro de límites constituidos. En todas las cosas hay, que considerar el contenido, el continente, el continente del continente y el contenido del contenido. Donde no existen continentes ó contenidos determinados, los hay siempre posibles. Los imposibles prácticamente son los primeros y los últimos en *absoluto*, porque al nombrarlos teóricamente primeros y últimos, se los relaciona con ninguna cosa.

Contento, con-tento, de tener.—Lo está quien se conforma con lo que tiene; quien no aspira á otro bien que el ya realizado. Semejante situación se concibe en funciones particulares; pero la función de vivir en general no puede contentarse definitivamente, y sin sombra de descontento, con cosa alguna en particular.

Sin embargo, conviene al hombre moderar el descontento ideal, indispensable, con la resignación á que le invita la fe en el porvenir.

Contestar, de texto.—Oponer algún texto, hablado ó escrito, á otro texto análogo.

La contestación es una antítesis relacionada con la *tésis pregunta*.

Los sistemas absolutos de Filosofía tienen contestaciones fijas para todo, su doctrina consta de una sola *tésis*. La práctica, ya sea empírica, ya racional, lleva á demostrar, á fuerza de preguntas, que no se contesta bien inmovilizándose en texto alguno, y que es preciso *sentir* la función suprema en que, preguntando y contestando, se realiza el mejor texto posible.

Contiguo, del latín *cum*, con, y *tangere*, tocar.—Contiguo está un cuerpo inorgánico; que se acerca á otro hasta tocarlo, pero no lo suficiente para confundirse con el mismo refundiéndose los dos en uno solo.

Los cuerpos tangentes entre sí son como la recta tangente de una curva.

La contigüidad supone la rotura de la refundición de los dos cuerpos en uno, determinable por el movimiento.

Se concibe la rotura de la continuidad rectilínea, en cuanto se mueve la curva ó á la derecha ó á la izquierda, y como este movimiento es posible en cualquier cantidad de línea, por pequeña que se la suponga, de aquí la necesidad de que la curva solo sea tangente de la recta. Con esta salvedad de la tangencia, se concibe la continuidad entre dos cuerpos inorgánicos, convertida en contigüidad viviente.

Continencia, del latín *cum*, con, y *tenere*, tener.—Lo que encierra otra cosa por más que á su vez se halle encerrado en otra. El espacio es el continente universal, porque figura como exterioridad de todo lo figurable. No puede el espacio contener el tiempo, ni ser contenido en él, por la diferencia radical de sus formas. Pero estas formas se contienen mutuamente en otro sentido, distinto de la continencia pura en el espacio. El espacio contiene (detiene) el curso continuo de tiempo, y el tiempo rompe la continuidad del espacio en una serie de instantes indivisibles.

Continencia é incontinencia morales.—Se ha discutido mucho entre los filósofos la cuestión de «si *saber* el bien *equivale* á hacer el bien; si la sabiduría *contiene* la bondad en el solo hecho de ser tal sabiduría».

La incontinencia del hacer en el sér es la única que salva la moralidad; porque supone la responsabilidad del *libre* acatamiento á la ley escrita en la conciencia.

Sócrates y Platón profesaban la continencia de la virtud dentro de la conciencia, ó sea de la ciencia pura. Aristóteles defendió lo contrario, dando valor á las determinaciones objetivas ó particulares, y distinguiendo la libertad práctica, que *permite* obedecer y desobedecer, de la simple teoría que *manda* practicar.

Continuidad, de continuo.—La continuidad es forma del espacio; pero también tiene el tiempo su continuidad, que consiste en la *repetición* de sus instantes.

Repetida en el pensamiento la continuidad del espacio, se hace en un momento dado memoria y previsión. La memoria y la previsión constituyen el *espacio íntimo* del pensamiento.

El espacio tiene su intermitencia dentro de sí mismo en el número.

El tiempo, intermitente de suyo, y que *sólo es continuo* prácticamente por una serie de intermitencias instantáneas, tiene otra continuidad teórica, en el instante que reproduce como presentes lo antes y lo después (imaginación.)

El espacio es el objeto continuo. Continuo en el tiempo es el sujeto. Las intermitencias son recíprocas.

Continuidad matemática.—La escéptica ha presentado como argumento contra las pretensiones dogmáticas de la Ciencia la imposibilidad de lo continuo en sí.

Con replicar á la escéptica que para la continuidad relativa, única que necesitamos, nos basta el criterio de la relación, que consigna la misma escéptica, como resultado de su labor crítica, queda contestado su argumento.

El punto, por ejemplo—dice Sextus—, «ó ha de ser corpóreo ó incor-

póreo, y ni en uno ni en otro sentido puede engendrar cosa alguna por sí.» Mas el punto, corpóreo es sentido físico, es incorpóreo en sentido matemático; y no procede argüir indistintamente como base el escéptico utilizando sentidos diferentes de un solo concepto.

La continuidad en el intervalo de dos puntos es simplemente la *negación* de intervalo absoluto, que procede tener en cuenta en buena lógica, para oponerla á toda afirmación de lo absoluto.

Continuo, del latín *cum*, con, y *tenere*, tener.—Lo continuo ha de entenderse relativamente. El espacio es continuo, mientras permanece inmóvil enfrente del individuo que le siente exteriormente y le idealiza interiormente.

Pero el espacio en el tiempo trueca su continuidad en relativa discontinuidad.

Las discontinuidades del espacio son, en el tiempo, intermitencias instantáneas.

Los instantes á su vez reproduciéndose en serie indefinida hacen el modo continuo del tiempo.

Contracción, del latín *contractio*.—Movimiento centripeto, cuantitativo en el espacio, y cualitativo en el pensamiento.

El espíritu, forma cualitativa de la vida, se contrae en el pensamiento, cuando se fija preferentemente en un objeto. Se contrae en general cuando se fija en sí propio. La contracción más completa constituye la abstracción.

La contracción muscular es el símbolo orgánico de la contracción de la voluntad á la determinación inmediata de un acto.

Contracto y abstracto.—

Estas dos palabras no son exactamente correlativas, aunque lo parece por su sonido.

Abstracto es correlativo de concreto. Contracto, bajo la forma de contracción, es correlativo de expansión.

El pensamiento que se abstrae dentro de sí propio, se *concreta* al ejercicio de sí mismo. El que se concreta al estudio de cosas exteriores, hace, aunque no lo entienda, abstracción de estas cosas, olvidándose de la función de pensar que ejercita precisamente en aquel momento.

El contracto es más bien función práctica, á la que se opone la laxitud. El músculo que se contrae en un momento se relaja en otro momento más ó menos próximo.

Así sucede que abstracto y concreto designan funciones más bien bajo el aspecto teórico que bajo el práctico, y contracción y expansión designan más bien funciones prácticas.

En todo caso la abstracción de un extremo no debe degenerar en absorción del otro; por más que el pensador absorto, puede estarlo en contemplaciones muy legítimas y plausibles.

Contradecir.—Contradecir en relación es NECESARIO. Nadie dice en *contra* sin decir algo en *pró*.

Nadie dice algo sin contradecir también algo.

Quien dice alguna cosa, contradice todo lo contrario á lo que dice.

Esto se comprende desde luego, en cuanto se comprende bien que *todo es relativo*.

Pero se comprende mejor, comprendiendo todo lo relativo como correlativo con lo absoluto.

Si lo absoluto es lo imposible, lo posible es lo que se dice necesariamente al decir relativo; y al decir relativo hay *necesariamente* que decir

absoluto, aunque solo sea para contradecirlo.

Pero contradecir no es *contradecirse*; y contradecirse es lo que debe evitar todo el mundo, no diciendo, una vez, en particular, lo contrario absolutamente de lo que ha dicho otra vez; y *pensando* que puede inadvertidamente seguir *diciendo* lo que ya ha retirado de la circulación de su pensamiento.

Contradicción, contradicción.—Función de decir cosas contrarias.

Se ha definido en las escuelas la contradicción del modo que no ignora quien las haya frecuentado, por poco que sea.

Respecto de una misma cosa, se ha dicho, y en una misma relación de esta cosa, no puede decirse sí y no simultáneamente.

Todo el mundo ha reconocido la exactitud de tal principio: no todos, sin embargo, le han estudiado lo suficiente para conocer su alcance y su valor.

Entendido á la letra es irrecusable; no solamente no se debe, sino que *no se puede* decir no, en el momento preciso en que se dice sí respecto de alguna cosa en relación con ella misma.

Mas el principio exime de su prohibición, al sí y al no, pronunciados respecto de una misma cosa, considerada en relaciones distintas y en tiempos diferentes.

Lo que se afirma en un momento y en una relación determinada se niega lícitamente en otro momento y en otra relación; porque esto no *sólo puede hacerse*, sino que *se hace* en la práctica usual.

Es más: no solamente se hace como si fuera cosa accidental sin otro fundamento que el de ser posible; no

sólo es fenómeno ordinario, sino que es ley, es principio, tan necesario y valedero como el principio mismo de no contradecirse.

Si se declara imposible contradecir sin relacionar, se declara en el acto mismo necesario relacionar, dentro de polos contradictorios entre sí, hasta relacionar todo lo posible mediante una función suprema, encomendada al pensamiento viviente.

El principio de no contradicción sólo consagra la identidad de lo idéntico y por eso se limita á una sola relación; pero á la identidad de lo idéntico se opone con no menor derecho la distinción de lo distinto.

Tenemos, pues, no un sólo principio, sino dos que, mutuamente limitados ó sea articulados entre sí, hacen el principio único de relación.

La relación, eximida ya expresamente de la jurisdicción del principio exclusivo de la identidad, no debe tal exención á una merced graciosa, sino al reconocimiento de un derecho, que necesita, al menos, figurar á igual altura que el derecho que se asienta.

Digamos, pues, como complemento del principio de contradicción: Respecto de todas las cosas es indispensable, al afirmarlas en algún sentido, negar simultáneamente todo lo contrario al sentido en que se afirma. En una palabra, todas las cosas son lo que son relativamente á otras cosas.

Establecida ya como queda dicho, la relación por la confluencia de los dos principios, uno de identidad y otro de diversidad; falta aún hacer con la reserva del tiempo consignada en la fórmula, lo mismo que se ha hecho respecto de la relación, que por de pronto suponemos aplicada sólo á las relaciones en el espacio.

También son posibles el sí y el no,

respecto de una misma cosa en tiempos diferentes, y también esta posibilidad se convierte en necesidad para todas las cosas, sometidas, por otra parte, á la ley de identidad.

No sólo es posible, sino necesaria la intervención del tiempo en todo lo humano; y semejante intervención figura como práctica, enfrente del espacio solo, inmovilizado y *sin tiempo*, que se llama teoría.

Sin tiempo en rigor no se daría el espacio, aunque se dá en una abstracción del tiempo, suponiéndole *fijo* en un *presente imaginario*, que á su vez no se sostiene en manera alguna sin un pasado cualquiera, un hecho en que apoyarse y un porvenir abierto para alzarse del suelo y respirar en el ambiente. Como límite instantáneo de lo pasado y lo futuro y que sin *estos límites* no limitaría cosa alguna, y ni siquiera sería límite, se concibe lo presente sosteniendo en el vacío el principio de identidad; elemento, si, inexcusable de una función que le comprende, pero elemento sólo, necesitado de la relación, teórica en el espacio y práctica en el tiempo, para figurar en la función común con legítimo derecho.

Vemos, pues, claramente, que el principio de identidad, tan acariciado por las escuelas filosóficas, lejos de ser un principio fundamental para un sistema, es apenas el principio de un procedimiento, que se necesita llevar á término antes de dar comienzo el edificio que el pensamiento aspira continuamente á construir y á perfeccionar, cada vez que aparece provisionalmente construido.

A lo sumo podría admitirse el principio de no contradicción como cimiento de un edificio *destruido* que se quiera reconstruir.

Desde este punto de vista resulta hasta pueril el intento de los filósofos de apoyarse en su prohibición de contradecirse, para alegarla arbitrariamente á favor de una de las partes contendientes en la cuestión que se debate.

Esto no es otra cosa que encerrarse voluntaria y complacientemente en posición labrada por el ponente mismo, para tener el gusto de vivir á sus anchas, cayendo en la ilusión de que su cárcel es el amplio dominio de la verdad universal.

El menor viento de la relación y del tiempo, soplando desde fuera, arrebatada y deshace ese pobre albergue, y con él las ilusiones del mismo pensador.

Es muy cómodo decir, por ejemplo, «soy pensante, mi ser es indudable; y, por lo tanto, lo es también el ser en absoluto. El ser absoluto es la sustancia, y de él sale todo: Dios, el mundo y yo. Aquí se encierra la sabiduría, y sabido esto, no hay más que saber.»

Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Por lo demás no está mal el propósito de no contradecirse, y una vez hecho, no hay por que retirarle. El filósofo hará muy bien en no anular á sabiendas un pensamiento anticipado y continuar, sin embargo, apoyándose en él. Lo que de seguro no hará, sólo con esto, es implicar en ese pensamiento suyo, obra suya, efímera, instantánea y fugitiva, el orden completo de pensamientos análogos suyos y ajenos, y menos el orden supremo de la Creación universal.

Lo que el filósofo á que aludimos debe tener muy presente, es el pensamiento que ha formulado como tipo de pensar, para no retractarse por

completo, á menos que expresamente quiera hacerlo por amor á la verdad. Aun en este último caso no necesitará retractarse de la letra; porque lo pensado ó escrito, pensado ó escrito quedaría; sino del espíritu que lo había dictado, de la intención de reducir á un solo elemento la función que, bien analizada, consta de otros muchos, dignos todos de ser tenidos en igual consideración.

Así, pues, el principio de identidad ó de no contradicción debe quedar reducido á regla práctica de cautela; á fin de que no caiga inadvertidamente el pensamiento durante una exposición doctrinal, en la anulación de las bases mismas asentadas para llegar á una conclusión. Esto sí que es imprecendente, y lo que evita siempre quien abriga el fundado temor de ser perentoriamente refutado.

Contradictorio, de contradecir.—Á un solo modo en el tiempo (presente), necesitan corresponder dos modos en el espacio (definido é indefinido). Así se hace la teoría.

Á un modo en el espacio necesitan corresponder dos modos en el tiempo (antes y después.) Esto es la práctica.

La contradicción absoluta no solamente no debe ser, sino que no puede ser.

La contradicción relativa, no solamente puede ser, sino que necesita ser mediante dos términos contrarios entre sí.

Contraponer, *contra-poner*.—Contraponer no es contradecir, y menos contradecirse.

Contraponerse á sí propio es muy legítimo y acertado; contradecirse sería un procedimiento absurdo.

El pensamiento humano se debe contraponer, en primer lugar, á lo pensado como objeto, y en segundo